

¿Una misma crisis de Este a Oeste? Ensayo sobre Pierre Naville¹

The same crisis from east to west? Essay on Pierre Naville

Pierre Rolle

CNRS, París

Traducción de Alberto Riesco Sanz

RESUMEN

Mucho antes de la caída de la Unión Soviética, Pierre Naville propuso una interpretación del mundo comunista y de su historia en el marco de su análisis sobre las relaciones productivas en las sociedades contemporáneas. Para Naville, el surgimiento de la Unión Soviética no podía ser explicado ni como el resultado de una voluntad o una decisión política, ni como la consecuencia de un rígido determinismo. El sistema soviético constituía, desde su punto de vista, una fuente de tensiones contradictorias que volvían inevitable su desaparición. Las revoluciones rusas constituyeron importantes acontecimientos en la evolución del *salariado* a escala planetaria. Las transformaciones contemporáneas registradas tanto en el Este como en el Oeste son el resultado de una misma y profunda crisis de las relaciones de producción, de los modos de movilización y explotación del trabajo.

¹ Artículo publicado originalmente con el título de "La même crise, de l'Est à l'Ouest ? Essai sur Pierre Naville" en la revista francesa *L'Homme et la Société*, 115, 1995 (volumen monográfico dedicado a "Les passions de la recherche") pp. 101-118. DOI: 10.3406/homso.1995.3759. *Sociología Histórica* quiere agradecer a Pierre Rolle y a *L'Homme et la Société* su autorización para publicar en español este artículo.

PALABRAS CLAVE: Socialismo de Estado; Unión Soviética; Economía planificada; Economía de mercado; Salariado; Pierre Naville

ABSTRACT

Well before the fall of the USSR, Pierre Naville proposed an interpretation of the communist world and its history in the context of his analysis of productive relations in contemporary societies. For him, the creation of the USSR cannot be explained as the result of a political will or decision or as the effect of a strict determinism. The Soviet system appeared to him as a source of contradictory tensions which made its demise inevitable. The Russian Revolutions were important events in the evolution of the wage-earning class on a global level. Contemporary changes in the East as well as the West stem from the same profound crisis of productive relations, modes of mobilization and the exploitation of labor.

KEY WORDS: State Socialism; Soviet Union; Planned Economy; Market economy; Wage-based society; Pierre Naville

PREÁMBULO

En la esfera mediática no es extraño ver cómo opiniones contrarias son simultáneamente dadas por buenas con tal de que conduzcan al mismo veredicto final. Lo hemos visto con frecuencia durante la guerra del Golfo: expertos que describían los cálculos maquiavélicos de Saddam Hussein o su frialdad implacable, eran reemplazados, sin aparente contradicción, por quienes lo tildaban de loco. ¿Qué importa si Saddam ha subyugado y fanatizado a su pueblo, como afirman unos, o si en realidad lo ha aterrorizado, como opinan otros, si al final todos ellos coinciden en la necesidad de atacarlo? Se trata, de hecho, de convencer simplemente durante un breve periodo de tiempo. Una vez terminada la guerra cada cual podrá pensar lo que quiera sobre lo acontecido, si es que el transcurso de la actualidad mediática no lo hace caer de inmediato en el olvido.

En una misma frase aprendemos de Kuwait su existencia y qué debemos pensar respecto a él. En el universo sin memoria de la prensa, el anuncio del acontecimiento debe ya contener su explicación, así como el veredicto correspondiente. Las hipótesis, las previsiones y las razones no son nunca sometidas a escrutinio. Del mismo modo, algunos de los expertos consultados

habitualmente por la prensa y la televisión, invirtiendo las tesis estalinistas, declaraban hasta hace poco que la Unión Soviética representaba una naturaleza social insólita que hacía inútiles las leyes racionales. Que este organismo, presuntamente inmutable, haya sido capaz de transformarse por sí mismo y sin violencia no parece que haya llevado a dichos analistas a revisar su método de análisis. Otros, por su parte, aguardaban el final de la Unión Soviética como consecuencia de la revuelta de los pueblos periféricos oprimidos: ha sido el centro, sin embargo, el que se ha desmoronado y arrastrado consigo a las repúblicas foráneas, sin que tales peripecias hayan aminorado el crédito de tales comentaristas. Los medios de comunicación otorgan el mismo crédito a todos los profetas, con independencia de si han amenazado a la antigua Unión Soviética con un alzamiento en Asia Central, con una emancipación del proletariado, con un retorno del orden natural (es decir, el orden de mercado) o con una venganza del cielo.

¿Deberíamos tomarnos todo esto a broma? La retórica de los medios de comunicación, la periodización que impone sobre los hechos y los ordenamientos que disimula, suponen, sin embargo, una amenaza para todos. Ayer, muchos intelectuales, sosteniendo que la Unión Soviética era irreformable por naturaleza, justificaban, a menudo sin saberlo, una carrera armamentística que impedía justamente al sistema soviético transformarse o adaptarse en caso de que hubiera tenido la fuerza para hacerlo. Hoy, cuando el capitalismo parece reinar por completo, muchos de esos intelectuales se enrolan al servicio de este Occidente triunfante. ¿Acaso el resto de naciones no resultan para estos militantes igualmente monstruosas y bárbaras? ¿Acaso no muestran todas ellas las desgracias, la fealdad y las violencias propias de la pobreza? Para no agraviar los principios de la filosofía humanista que, parece ser, han traído consigo la libertad al mismo tiempo que la economía de mercado, tendremos que acordar a estos pueblos e individuos una libertad, una iniciativa, plenas. A menudo llegamos así a la conclusión de que su pobreza es el castigo a pagar por sus malas intenciones o, cuanto menos sus equivocaciones, ambas excluyéndolos simultáneamente de la democracia y de la abundancia. Cualquier otra conclusión, de hecho, haría dudar del correcto orden del mundo y, por lo tanto, del legítimo derecho de Occidente a dominarlo y a disfrutar en paz de sus riquezas.

¿Qué podemos contraponer a tales veleidades y adiestramientos? Un método de análisis mejorado por lo pronto. Cada vez vemos somos más conscientes del ámbito que debemos inventariar más a fondo y defender de esos nuevos militantes, más cegados y devotos aún que los precedentes.

El equívoco que ha acompañado desde siempre a la idea de progreso se perpetúa aún después de que hayamos dejado de creer en ella. Todavía hoy somos incapaces de abandonar el dogma según el cual cada periodo histórico es superior al anterior, sin echar por tierra al mismo tiempo la historia en su totalidad, sus apremios, su movimiento. El sociólogo, atrapado en una mirada retrospectiva, interpreta, en el mejor de los casos, las evoluciones del pasado. Desde dicho observatorio verifica con facilidad que toda agitación secular desemboca en nuestro presente. El futuro, por su parte, no puede ser interrogado: no es únicamente la esperanza de los hombres de gobernar su propia suerte lo que ha sido abolido, sino también el propio tiempo en que dicha esperanza podía conformarse y tratar de llevarse a cabo.

Protegidos así de toda evolución interna, los seres colectivos se consolidan. Se constatan más que se analizan. Son el soporte de los cambios, no su resultado. El investigador hace inventario y censa los pueblos, las naciones, las etnias, las culturas, las religiones y las comunidades, todas ellas realidades aparentemente tan sólidas como los objetos naturales y que, como ellos, pueden ser, sin duda, desgastadas por el paso del tiempo, pero no transformadas por él.

Y, sin embargo, experimentamos a diario aquello que las teorías en boga pretenden excluir. Las violencias de nuestra época transforman a colectivos hasta entonces considerados inmutables, fusionándolos, escindiéndolos, desnaturalizándolos. Por otro lado, ningún apremio natural se expresa al margen de los acuerdos, de los reglamentos o de los conflictos que viven los seres humanos. La actual geografía de los antagonismos grupales esboza ya la existencia de una humanidad planetaria que suscita dichos antagonismos y los supera confusamente. ¿Quién puede dudar hoy de que detrás de la afirmación de toda una serie de constantes e identidades se manifiesta, en realidad, su progresiva erosión? El movimiento colectivo se intuye, prosigue. Su acción, sin embargo, se ha vuelto indescifrable y es percibida como desestructurante. No lo percibimos porque somos incapaces ya de comprenderlo.

Resulta sencillo identificar una de las principales debilidades de nuestras ciencias sociales: no se nos da bien analizar la estructura de conjunto de los colectivos, ni deshacer los nudos de relaciones que los constituyen y animan. Esta dificultad se vuelve cada día más insostenible. No podemos, en efecto, asimilar la sociedad a la nación o al Estado cuando estos últimos están erosionándose unos contra otros o entremezclándose. No podemos asimilarla tampoco a un mercado, cuando dichos mercados se encuentran hoy extendiéndose, multiplicándose y articulándose a lo largo de todo el planeta.

Para poder avanzar debemos ir más allá de las tradicionales compartimentaciones universitarias. No son pocos los investigadores que se aventuran ya a ir más allá del formalismo económico que se aplica a un espacio, un tiempo y un colectivo abstracto. Más allá también de la descripción sociológica que abraza, sin mediación alguna, a todos los actores, por variados que estos sean, a todos los grupos, colecciones y coaliciones, a todas las temporalidades. De lo que se trata hoy es de dotarnos de una ciencia social renovada que sepa ser concreta y deductiva al mismo tiempo.

Las investigaciones de Pierre Naville sobre las formas del salariado contemporáneo y, más concretamente, sobre el socialismo de Estado vigente en los países llamados comunistas, se inscriben, precisamente, en esta perspectiva. Releer la que constituye su gran obra a este respecto, *Le nouveau Léviathan* [*El nuevo Leviatán*], supone reencontrar hipótesis e interpretaciones que permiten, mejor quizá que otras, orientarse en el aparente caos de los países postcomunistas. Supone igualmente iniciarse en un método de análisis del que nos queda aún por comprender su resorte y constatar su potencia.

MUERTE Y TRANSFIGURACIÓN DEL RÉGIMEN SOVIÉTICO

Pierre Naville rechazó siempre tratar a la Unión Soviética como un sistema acabado, menos aún como un sistema inmutable. La desaparición de los países comunistas era, desde su punto de vista, necesaria y estaba inscrita en su propio desarrollo.

Lógicamente, el fin del sistema lo había previsto únicamente en un plano teórico, pero lo había hecho de forma contundente. Ya desde su polémica con Charles Bettelheim en 1947, Naville sostenía que: "social y políticamente, el socialismo de Estado no parece destinado a un futuro duradero... No es una forma social orgánica"².

En aquella época, este tipo de afirmaciones no eran habituales. Sin duda, Trotsky (1972) había formulado hipótesis similares. Trotsky se había enfrentado a quienes hablaban de una estabilización del régimen soviético, y más aún a quienes, como Bruno Rizzi (1939), creían poder constatar la aparición de un nuevo modo de producción oculto detrás del estalinismo, el fascismo, el frente

² Este texto ha quedado recogido en *Le nouveau Léviathan*, tomo III. *Le salaire socialiste*, t. II, p. 441. *Le nouveau Léviathan* está conformado por 7 tomos (Naville, 1957; 1970a, 1970b; 1972; 1974; 1977; 1981; 1982; 1987), muchos de ellos consagrados a la experiencia soviética.

popular y el *New Deal* rooseveltiano; sistemas enfrentados sin duda entre sí, pero todos ellos estatalizados en mayor o menor medida. No obstante, aun rechazando esta tesis de la "burocratización del mundo", Trotsky dejaba abierto el futuro. Había admitido que, si la Unión Soviética sobrevivía a la guerra inminente, sus propios análisis deberían ser revisados o, cuanto menos, completados. Tras la victoria sobre Alemania, la idea de que las bases sociales y económicas del régimen soviético se encontraban ya asentadas se volvió mayoritaria en Europa, por más que muchos lamentasen la gehena estatal que desfiguraba al socialismo por fin alcanzado. El denominado "trotskismo" se constituyó, de hecho, a partir de dicha tesis y no fue sino una interpretación, vibrante o beligerante, del estalinismo.

Para Naville, si bien la desaparición del sistema seguía siendo inevitable, la forma que pudiera éste revestir era, por el contrario, imprevisible. Se supone que el desmantelamiento de un socialismo organizado en torno a un Estado debería producirse de manera diferente en función del entorno de dicho Estado, así como de las circunstancias del momento: ¿involución, descomposición, disolución dentro de un conjunto más amplio, recomposición? Es necesario señalar, no obstante, que el relato que se nos suele ofrecer habitualmente sobre la reciente desaparición de la Unión Soviética no contempla ninguno de estos escenarios. Se trata más bien del relato de una catástrofe, el relato de una ruina absoluta e inesperada. No se trataría pues, según este relato, de un fracaso referido a unos objetivos proclamados, a unas necesidades internas o externas, al desarrollo de un modo de organización; sino que estaríamos, más bien, ante una quiebra total, evidente para todos los grupos sociales, que se habría ido profundizando a lo largo de toda la historia soviética, para manifestarse, finalmente, a modo de juicio final de la historia o de Dios.

Dicho en un lenguaje más analítico, esta extraordinaria caída, este cataclismo en el que se sumirían todas las formas sociales soviéticas, todas las relaciones contenidas en ellas, así como los objetivos que perseguían, reflejaría la descomposición repentina de un sistema orgánico. Un hecho que, para dicho relato, permitiría certificar al mismo tiempo que el sistema rival, éste en el que vivimos, es con mayor motivo también él un sistema orgánico, al margen de las disputas y los objetivos humanos.

Poco a poco descubrimos, sin embargo, las circunstancias reales y las significaciones profundas de la desaparición de la Unión Soviética, conduciéndonos toda esta información nuevamente a las observaciones de Naville y de otros analistas perspicaces. Es importante recordar que fue el propio

Partido Comunista quien, por iniciativa propia, se desprendió del dominio que ejercía sobre el Estado y esto, sin duda, después de una larga crisis, pero sin haber tenido que hacer frente ni a una sublevación, ni a una violencia generalizada. En la medida en que se movía en estas mismas claves, la acción de Gorbachov resultó irreversible: no se puede obligar a ejercer el poder a un aparato que se declara a sí mismo incapaz de hacerlo.

No obstante, dicha dimisión, políticamente radical, sirvió sin duda para preservar buena parte de la estructura económica, volviendo harto difíciles las reformas posteriores. En cualquiera de los casos, podemos constatar que los mismos individuos, los mismos grupos, controlan aún la administración y las empresas, bien es cierto que movilizándolo ahora justificaciones distintas a las de antaño. ¿Tendremos pues que concluir que se trata en realidad del mismo sistema que se perpetúa bajo distinta apariencia? Todo lo contrario: los individuos no se han movido porque el sistema ha cambiado. La economía de mercado o aquello que designamos bajo ese término -es decir, para empezar, la sutura del espacio soviético con el espacio de los intercambios mundiales- ha producido ya sus efectos lógicos. Por ejemplo, en la actualidad podemos constatar una pérdida relativa de compromiso en materia de enseñanza por parte del Estado ruso, consolidándose en este ámbito las estructuras de carácter más mercantil. La reproducción regular de los estratos superiores de la nación resulta así más fácilmente garantizada cuando el acceso a la educación se encuentra estrechamente subordinado a la renta de las familias. La antigua casta dominante -la burocracia, en definitiva- antes siempre inestable y amenazada, al menos en teoría, por estar situada en la cúspide de los grandes mecanismos de promoción social que constituían la Unión Soviética, se transforma hoy apaciblemente en una élite más clásica.

Llama la atención que la reforma de Gorbachov, la *perestroika*, haya tenido lugar justo cuando el movimiento de industrialización forzada se había agotado y, al mismo tiempo, cuando se detenían los procesos de movilidad reglados por medio de los cuales cada ciudadano soviético podía esperar mejorar su posición familiar. Muchos observadores, como, por ejemplo, Moshe Lewin, habían previsto el momento en que dicha inflexión se volvería necesaria. La hipótesis de una mutación brusca de un mundo a otro, de una lógica a otra, resulta, sin duda, artificiosa. Cabe pensar, de hecho, que la textura del sistema no se ha modificado, que dicha textura estaba ya, antes y después de Gorbachov, compuesta de relaciones mercantiles.

¿PUEDE SER LA HISTORIA INTELIGIBLE?

¿Tendremos entonces que recurrir a la historia para explicar el devenir de la revolución rusa? Sin duda. Pero dicha historia no resultará inteligible salvo que explicitemos un sistema de constricciones coordinadas al que podamos seguir su desarrollo lógico.

No se trata de imitar el proceder de teólogos a lo Bossuet o a lo Lessing, para quienes la historia no era sino la expresión pintoresca de un determinismo oculto que la atravesaría de principio a fin. Debemos partir de un presupuesto muy diferente, a saber: que el devenir múltiple de los acontecimientos humanos admite segmentos de inteligibilidad de distinto tipo que se superpondrían sin llegar a conjugarse nunca perfectamente. En historia, como en otros ámbitos, formalización y empirismo se definen uno en relación al otro, volviéndose visibles precisamente por su discordancia. Habrá también que evitar confundir estos métodos de captación de los datos con la oposición clásica entre determinismo y libertad, oposición que, a fin de cuentas, no hace sino interpretar las elecciones arquitectónicas constitutivas de toda teoría.

Hoy por hoy, sabemos de forma cada vez más certera que la oposición entre comportamiento y sistema, entre espontaneidad y previsibilidad, no es sino una oposición relativa y utilitaria. No encontraremos en tales dicotomías el motor último de la historia humana, si es que éste existe. Suponer que la sucesión de formas sociales no es más que el resultado visible de múltiples autonomías renovadas a cada instante; o bien, por el contrario, que no es sino el desarrollo ineluctable de principios primigenios, es probablemente el resultado de múltiples malentendidos.

Hechas estas salvedades, la historia puede ser entonces presentada como inteligible, aun cuando esto suponga claramente reducir mucho de su riqueza. Las secuencias de acontecimientos se mostrarán entonces, por decirlo de algún modo, como el desarrollo de un modelo; pero de un modelo él mismo empírico, es decir, que no es ni el único posible, ni se encuentra previamente coordinado con otros, ni es deducible a partir de axiomas de orden superior. La puesta a prueba de dicho modelo durante la investigación permitirá juzgar tanto su fertilidad como sus condiciones de existencia. Dicho en otros términos: siempre tendremos el derecho a postular la inteligibilidad de los acontecimientos, pero no la forma precisa y el alcance de dicha inteligibilidad.

LA HISTORIA DEL TRABAJO SOVIÉTICO

¿Cómo describir el curso de la experiencia soviética si optamos por hacerlo desde el punto de vista de las formas y los intercambios de trabajo, es decir, desde el punto de vista que tiene mayores posibilidades de dar cuenta de los mecanismos sociales más complejos y de más amplio alcance? El Estado zarista, abocado a la guerra por su dependencia respecto a los Aliados y, en particular, respecto a Francia, se derrumba en 1917. Da paso a un régimen más democrático que, por su parte, terminará debilitándose como consecuencia de su incapacidad tanto para romper con los Aliados, como para resistir a los ejércitos de la Entente; es decir, por su incapacidad para hacer la guerra o declarar la paz. Los bolcheviques aprovecharán la ocasión y tomarán el poder. Su programa inmediato es detener las hostilidades, lo que supone una ruptura revolucionaria de la alianza con Francia e Inglaterra.

Los triunfantes bolcheviques distribuirán la tierra entre los campesinos, lo que bastará para disolver el ejército. Lenin espera así evitar a la futura revolución europea la amenaza que supondría para ella los regimientos de *mujiks* que, desde la Revolución Francesa, habían aplastado sistemáticamente todas las revueltas populares. A más largo plazo, la reforma agraria promulgada por los bolcheviques adquirirá el mismo significado que ha tenido este mismo tipo de medidas en el resto del mundo: la reforma agraria contemplará no tanto asegurar la tierra a los campesinos, como quitársela. Se trataba de poner fin a los múltiples vínculos de uso que, en los sistemas heredados de la servidumbre, ataban a los agricultores a la tierra. Desde entonces, la asignación de agricultores a la tierra estará completamente supeditada al movimiento económico. Convertido en un auténtico propietario, el campesino podrá por fin ser expropiado.

Pero expropiado por el desarrollo de los intercambios y de la división del trabajo, no por la violencia del Estado. En la Europa socialista a la que Lenin creía estar allanando el camino, en la Europa que, según él, surgiría necesariamente de esta guerra absolutamente sangrante y absurda, Rusia se asociaría con las naciones más desarrolladas, concretamente con Alemania, cuya previsible derrota en la contienda la entregaría a la revolución. En ese espacio económico, al contrario de lo que había ocurrido en el pasado, el dinamismo de la industria europea conduciría a las poblaciones campesinas rusas hacia las ciudades, atrayéndolas así hacia el mundo de la producción y del consumo modernos.

Los bolcheviques no contemplaban pues transformar en orden el caos de su época, ni tampoco en llevar a cabo una revolución rusa, sino en desencadenar una subversión a escala europea, cuando no mundial. La política del denominado

comunismo de guerra no significaba en absoluto un proyecto para establecer una nueva sociedad en un país separado del resto del universo; un país, además, tan evidentemente retrasado y dependiente como Rusia. Se trataba más bien de facilitar la aceptación de la situación de penuria, del racionamiento, de la estatalización; es decir, se trataba de la misma realidad que en Alemania se denominaba *socialismo de guerra*, pero imponiéndole aquí el calificativo de comunismo, término que, en medio de una miseria indescriptible, era capaz aún de evocar el propósito desesperadamente lejano de la humanidad. Todo el mundo era consciente, no obstante, de que el capitalismo -cuyas hostilidades en marcha servían para corroborar aún más su carácter mundial- no podía ser reemplazado sino por otra sociedad mundial.

Más tarde, habiendo fracasado (o habiéndose desnaturalizado) la revolución alemana, el Estado soviético proclamó que llevaría a cabo un desarrollo diferenciado. La primera consecuencia de esta política fue la necesidad de autoimponerse los estándares de producción fijados por ese mundo capitalista que pretendía abandonar. La modernización del país, la transferencia de mano de obra de la agricultura a la industria, la sumisión a la disciplina industrial de una población de grandes dimensiones, se llevaron a cabo en la Unión Soviética, al igual que en otros lugares, mediante medios directamente estatales.

En resumen, el vínculo con el resto del universo nunca se rompió, ni siquiera se debilitó, únicamente se transformó. Sin duda, las mercancías atravesaron menos las fronteras soviéticas que los saberes y las técnicas, las normas de producción y las formas de consumir o los ejércitos armados. La amenaza militar, no obstante, generaría un vínculo aún más fuerte que los intercambios pacíficos, al tiempo que incitaría urgentemente a emular los logros extranjeros.

Así, la Unión Soviética se convirtió en una nación similar en muchos aspectos a otras naciones industriales. Fueron los propios éxitos de su industrialización forzada los que pusieron fin a su dinamismo, volviendo necesarios los cambios de método político. Conforme dicha evolución iba teniendo lugar, la posibilidad de acceder libremente a los intercambios mundiales se volvía cada vez más determinante. Dicho en otros términos: para poder sobrevivir, el socialismo de Estado debía convertirse, al igual que el capitalismo, en un sistema universal. No obstante, dicha necesidad supondría para el régimen soviético una contradicción mortal. ¿Cómo podría un Estado absorber el mundo sin echarse a perder?

La Unión Soviética no era siquiera capaz de poner orden a sus relaciones con los Estados que reproducían su modelo; Estados que, como ocurría con el caso de Yugoslavia o China, se volvían a menudo sus enemigos. La unificación del

planeta no podía significar para el régimen soviético sino la multiplicación de los apremios y los conflictos. Le exigía mantener alianzas poco rentables y frágiles; participar en cualquier insurrección nacional que reclamase su apoyo; mantener su prestigio en la carrera armamentística. La agotadora expedición a Afganistán mostró que dicha política resultaba insostenible. Como era de esperar, la nueva era de Gorbachov arrancó con una tentativa de abrir las fronteras de la Unión Soviética a los intercambios comerciales, seguida por la interrupción de la ayuda a los países del Tercer Mundo y el fin de toda confrontación con el Occidente desarrollado.

EL SOCIALISMO DE ESTADO COMO MODELO

Basta con observar las múltiples réplicas del régimen soviético desarrolladas a lo largo del planeta y constatar la similitud de sus crisis para persuadirse de que la experiencia llevada a cabo en Rusia no podía permanecer encerrada en la historia particular de dicho país.

Parece pues legítimo tratar de extraer de esta experiencia un modelo social reproducible. Evidentemente, dicho modelo no podrá escapar, sin embargo, a su época, ni dará lugar a formas atemporales. Todo lo contrario: permitirá precisar las condiciones que posibilitaron el nacimiento del socialismo de Estado, que dirigieron su desarrollo y que obligan hoy a su transformación.

Este modelo no será el modelo de una coherencia orgánica. Junto a la descripción de relaciones e instituciones, contendrá la descripción de sus confrontaciones y contradicciones, es decir, contendrá el movimiento que transforma sus respectivas posiciones. La vieja oposición de Bazard debería ser pues sometida a revisión: los periodos críticos de la historia pueden ser analizados tanto como los periodos orgánicos. Dicho de otro modo, el objeto general de las ciencias sociales no lo constituye una sociedad delimitada, capaz de reproducirse idénticamente de manera indefinida, sino una política económica, compuesta de múltiples acciones individuales y colectivas, que se realizaría tanto por medio de la transformación como del mantenimiento de las formas sociales.

El modelo del socialismo de Estado es el modelo de un Estado tratando de industrializarse de forma acelerada, controlando la formación y uso del capital. Se trata de un Estado que rechaza determinarse únicamente en función de las diferencias de beneficios previsibles entre los distintos tipos de inversiones posibles. Se encuentra pues, por decisión propia o como consecuencia de acontecimientos previos, aislado de los circuitos mundiales de capitales; al

tiempo que se caracteriza por haber expropiado a los capitalistas nacionales más importantes.

Este modelo es formalizable y lo es, paradójicamente, con más detalle incluso que aquellos otros modelos tradicionalmente catalogados por la ciencia económica. Se encuentra, en efecto, claramente localizado en el ámbito geográfico o institucional, así como en el tiempo concreto, haciendo referencia a las instituciones, productos, técnicas y saberes de la época. Por contra, nada sabemos respecto a qué historia o en qué colectividad se despliega la formalización del mercado, ni siquiera en la efectuada por Marx. Consecuentemente, dichas doctrinas no permiten ninguna interpretación concreta, salvo que introduzcamos pormenorizadamente, sin poder justificarlos, elementos y transiciones empíricas.

El socialismo de Estado, por su parte, se encierra en fronteras políticamente definidas. Su institución más sintética es el plan, que abarca todo este espacio y organiza la coherencia de todos los actos económicos, así como la proporción del consumo respecto a la producción. El plan se erige pues como el órgano fundamental del mecanismo estalinista; factor de armonía, según los ideólogos del régimen, en tanto que regulador de las relaciones que mantienen todos los agentes entre sí. No se produce sino aquello que es considerado útil: se acabó el despilfarro. El uso de la fuerza de trabajo es social desde el primer momento, en lugar de particular y conflictivo como ocurriría en el capitalismo, donde el producto obtiene su validación a través de su presentación en un mercado. Según los estalinistas, únicamente algunas deformaciones burocráticas perturbarían ocasionalmente el equilibrio de semejante arquitectura.

En cuanto a los críticos, incluso los más convencidos dan a menudo por buena esta descripción, invirtiendo, eso sí, los valores y denunciando el totalitarismo. ¿Acaso supondría el plan la abolición de la libertad de los agentes? La armonía obligada no sería, a fin de cuentas, sino la argolla, el resultado inflexible de las directivas y exigencias del poder central.

A partir de análisis como estos nos hemos preguntado a menudo si el modelo del socialismo estalinista era o no enmendable, es decir, capaz de aplicarse sin recurrir a la violencia del Estado. Una planificación tan bien ajustada a las necesidades y a los medios de los individuos, tan transparente y democrática que se impusiera de forma natural ¿es posible? ¿O será necesario adoptar otro tipo de organización económica, basada en la autogestión, es decir, basada en el propio principio que se atribuye el Estado socialista pero transferido esta vez a la empresa, donde pareciera poder ser por fin satisfecho? En ese caso, los

asalariados, en sus lugares de trabajo, expresarían e impondrían sus necesidades y sus elecciones, sin que los mecanismos de la representación o una clase parasitaria los difractaran.

La autogestión, según esta reinterpretación, no sería al fin y al cabo sino otro modo de aplicar la planificación. De hecho ¿cómo escapar de la planificación? Para muchos opositores al estalinismo, dicha institución constituía la forma más apropiada para el socialismo, siempre y cuando no se viera perturbada por la arbitrariedad burocrática. ¿Qué es lo que habría ocurrido en Rusia según estos críticos? Gracias a la revolución de 1917, o como consecuencia de algún oscuro fracaso que ésta hubiera sufrido posteriormente, la burocracia se habría colocado en medio del conflicto abierto entre el proletariado y los capitalistas, desposeyendo a una y otra clase. Ahora bien, esta intermediación no tendría ninguna función económica propia. Al contrario, su intervención disminuiría la eficacia y la pertinencia de los actos productivos, arruinando así la adecuación del plan a las necesidades sociales. Si la burocracia se mantiene sería pues debido a que ha construido un Estado a su medida que se reproduce por pura violencia.

La explotación capitalista, modernizadora y expropiadora, habría así dejado paso a un régimen basado en la más cruda y estéril de las opresiones. Una doctrina ésta un tanto inquietante: si no sabemos cómo se ha apropiado del poder la burocracia, no estaremos nunca seguros de no volver a repetir un hecho semejante. Y si la burocracia es capaz de reemplazar tanto a la burguesía como al proletariado ¿no corremos el riesgo de que termine imponiéndose tanto en el capitalismo como en los socialismos? Es más: ¿acaso dicha usurpación no estaría ya en marcha detrás de las variopintas fachadas de los diferentes Estados? ¿No debemos temer, como Bruno Rizzi, la aparición de una burocratización universal?

Una doctrina semejante parece, sin embargo, claramente incoherente. Nos obliga a admitir que la violencia es un factor social paradójico, aislado, indiferente al resto de factores sociales y no teniendo otro objetivo que la propia violencia. ¿Cómo pretender describir un sistema social a partir de semejante principio? Nos enfrentamos a múltiples interrogantes, como, por ejemplo: si la burocracia no es sino pura opresión ¿por qué y cómo se produciría? Resulta pues necesario que la burocracia no sea un nudo de relaciones autónomas, sino el ordenamiento de una estructura de relaciones que le preexiste al menos en el orden lógico.

MARX NOS NECESITA

Lejos del mundo idílico previsto por los ideólogos estalinistas, la Unión Soviética se vio, a lo largo de toda su historia, agitada por múltiples conflictos. No obstante, tal y como acabamos de señalar, dichos conflictos no pueden ser comprendidos como secuelas de una expropiación violenta llevada a cabo por una clase parasitaria en contra de los trabajadores productivos. La engorrosa burocracia es un síntoma, no una explicación. Un elemento del sistema y de su lógica, no su operador.

Hacer hincapié en el poder, en la opresión descarnada de un grupo sobre otro, supone, en último término, repetir en un lenguaje diferente el mismo problema que se pretendía abordar, presentando dicha repetición como una solución. Sin embargo, admitir únicamente en nuestro análisis la existencia de intercambios igualitarios y pacíficos supone, de facto, ignorar las disputas colectivas o quitarles todo sentido. Debemos pues concluir que necesitamos un método de análisis más potente que el de la economía y la sociología clásicas; un método cuyo prototipo, según Naville, es el de Marx. El del Marx maduro, por supuesto, liberado de la seducción y los equívocos de Hegel y no confiando sino en las técnicas y los razonamientos científicos. Ese Marx es mucho menos conocido que el filósofo, constituye un Marx escasamente leído, pese a su utilización por tantos ideólogos que ayer lo reverenciaban y hoy lo condenan.

El análisis de Marx no puede ser leído como el de un simple economista que trataría de establecer los mecanismos por medio de los cuales se fijan los precios en los mercados, dilucidando a partir de ahí el sistema económico en todas sus dimensiones. Tampoco sería el de un sociólogo, multiplicando a su antojo los asideros de lo real, las definiciones de sus actores y de sus grupos, así como las relaciones entre ellos. Marx tratará de escapar de esta oposición. Por ejemplo, si la noción de explotación tiene algún sentido, lo tiene en tanto en cuanto no la reduzcamos ni a un reparto, ni a una simple opresión.

Nadie piensa, sin embargo (y Naville menos que nadie), que la teoría de Marx esté exenta de carencias. Dicha teoría no puede interpretar, evidentemente, los fenómenos posteriores a la propia existencia de su autor. Resulta, además, insuficiente para comprender formas sociales que Marx ha conocido pero cuya relevancia no ha valorado adecuadamente. Los mecanismos demográficos o las instituciones educativas, entre otros, no son abordados por Marx de un modo que nos sea mínimamente útil. Sin duda, muchos procesos cuya necesidad había sido efectivamente prevista por Marx se han producido, pero lo han hecho de manera diferente: la neutralización de la renta de la tierra o la socialización del

capital, por ejemplo. La utilización de los textos de Marx debe ser, por consiguiente, necesariamente crítica. Así, hoy por hoy podemos sostener simultáneamente que las formas de empleo contemporáneas desmienten los planteamientos de *El capital* o que, por el contrario, confirman los desplazamientos del sentido y de las funciones del salariado que estaban previstos allí de antemano. La lectura de Marx no puede ser sino una reinterpretación llevada a cabo bajo responsabilidad del lector.

SIGNIFICACIÓN DEL PLAN

Es mediante el desarrollo de este análisis marxista como, según Naville, nos dotaremos de los medios para comprender la historia soviética y el modelo del socialismo de Estado. Los partidarios de la planificación no ven en ella su naturaleza profundamente conflictiva porque la interpretan a partir de la economía neoclásica, es decir, como un sustituto del mercado, concibiéndola como una institución consensual.

Por recurrente que sea, la contraposición entre plan y mercado es, a todas luces, estéril. Es, no obstante, fácil de formular en tanto en cuanto no estamos en condiciones de poder definir con precisión los términos que entrarían en conflicto. Así, por ejemplo, el mercado ¿constituye un axioma o un lugar concreto? ¿Se trata de mecanismos múltiples dentro de una estructura que los combina? ¿O consiste en una realidad empírica, observable a través de movi­lidades reales, que se muestra, sin embargo, ausente cuando no encontramos sino constantes? ¿Es acaso un principio de análisis ajustado a nuestra forma social, donde los ensamblajes productivos, los trabajos concretos, son permanentemente comparados entre sí y son susceptibles de disociarse en sus partes constitutivas (el trabajo y el capital)? Contraponer esta institución - que es, al mismo tiempo, una teoría e incluso un método- a la planificación no hace sino aumentar la confusión.

No podemos pues contentarnos con creer que, gracias al plan, la satisfacción de las necesidades estará garantizada por medio de la agregación y la combinación de los procesos que producen las mercancías correspondientes (procesos, en teoría, mal coordinados bajo el capitalismo). Los teóricos que sostienen este tipo de planteamientos, pese a pretenderse marxistas, olvidan que las necesidades, por más que se presenten como discontinuas y agregables en un mercado instantáneo, conforman en realidad un sistema en el que, tal y como ya lo sabía Hegel, se condicionan, se socializan y se generan unas en relación con otras. Olvidan también que el papel del mercado, al menos según Marx, consiste en

comparar productividades y beneficios; y olvidan que estos beneficios, aun cuando se validan y reparten en el propio intercambio de mercancías, se constituyen primigeniamente en el intercambio de capacidades de trabajo por salario. La distinción fundamental, que ordena y distribuye los distintos tipos de intercambio, se encuentra en la esfera de los valores de uso, diferenciando aquellos destinados al consumo de los destinados a la producción.

Así pues, la cuestión fundamental es la siguiente: ¿cómo se forma y reparte el beneficio dentro del régimen de planificación soviético? Dicho en otros términos ¿cuál es la estructura económica real que dicha institución pretende armonizar? Prever operaciones económicas, prescribir su ajuste a través de un tiempo prefijado de antemano, tales objetivos parecen aplicables a diferentes tipos de producción y de distribución. ¿Cuál es entonces la estructura del sistema soviético? La disposición de la capacidad de trabajo es intercambiada por un salario, el cual representa, bajo una forma fundamentalmente monetaria, la contrapartida de una parte del producto que el uso de dicha capacidad de trabajo debería permitir obtener. La desigualdad estructural de estos dos valores es medida por la moneda, medición que constituye la función principal de ésta última.

Se trata, por lo tanto, de un mercado de trabajo cuya existencia conlleva necesariamente la presencia del resto de mercados observables también en el capitalismo. Sin duda, todos estos mercados se encuentran en el socialismo de Estado miniaturizados, regulados mal que bien por medio de estandarizaciones, órdenes y transgresiones, desplegados según tiempos prescritos. No por ello, sin embargo, son menos reconocibles. Podemos pues suponer que el socialismo de Estado es un socialismo de mercado, al igual que el capitalismo, y que la primera función de la planificación allí vigente consiste en garantizar una tasa de acumulación social definida de antemano.

NOSOTROS NECESITAMOS A MARX

Según los planteamientos de Marx, el capitalismo es un sistema económico donde los productos de los diferentes productores no pueden intercambiarse entre sí salvo que dicho intercambio genere un capital. Así pues, los tiempos de trabajo no se intercambian, a través de las mercancías, respetando su equivalencia.

Se ha demostrado a menudo que a partir de tales principios no es posible calcular el precio de un producto sobre un mercado concreto. También que éste no era el objetivo de Marx. El sistema que Marx describió no estaba compuesto de equivalencias y cantidades fijas, sino de relaciones ordenadas entre cantidades variables, de una jerarquía de funciones realizándose por medio de movimientos y conflictos colectivos. La equivalencia no es sino la estructura de una medida que trata de aprehender las diferencias. Así ocurre, por ejemplo, con el intercambio de una capacidad de trabajo por un salario, que constituye una desigualdad visible y calculable gracias a la moneda. Dicho intercambio debe, en efecto, llevarse a cabo de manera que permita albergar la esperanza de un beneficio para el empresario.

Por más que el beneficio sea una necesidad del sistema, su tasa no está fijada de antemano por ninguna ley constitutiva, sino que depende de la relación de fuerzas existente entre el asalariado y el empresario; o, mejor dicho, entre los diferentes grupos que componen estos personajes. Relación de fuerzas que, lógicamente, es sostenida y resuelta por medio de condiciones sociales de alcance similar a sus supuestas consecuencias. A escala de la economía en su conjunto, el beneficio alimenta la reproducción de dispositivos productivos, la inversión global. Financia así determinados sectores, entre ellos los de bienes de producción y de materias primas. La proporción existente en el orden social entre los diferentes sectores económicos responderá a la tasa de beneficio.

El beneficio, fijado en competencia con el salario durante el transcurso de un intercambio salarial, no podrá, sin embargo, ser adquirido por el empresario sino tras dar salida al producto en el mercado. A lo largo de esta materialización, los beneficios de las diferentes empresas sufren un proceso de igualación: es ahí, recordémoslo, donde radica, según Marx, la función primordial del mercado de productos. Constatamos así, una vez más, que, para dicho autor, las categorías de análisis remiten a coordinaciones de temporalidades y relaciones sociales. El asalariado percibe una retribución, mayor o menor, mediante la cual se reproduce en tanto que asalariado, sin posibilidad, la mayoría de las veces, de transformarse en capitalista. El circuito del salario se encuentra así relativamente aislado del circuito del capital, si bien se desarrolla en oposición a él, derivándose de aquí un conflicto de clase. El intercambio salarial efectuado no puede ser reducido a su resultado instantáneo: el importe de la remuneración otorgada al trabajador en cada momento como contrapartida de su trabajo. Representa el encuentro, inscrito en diferentes momentos de distintos mercados, y el emparejamiento de dos ciclos: el del capital y el del salario.

No obstante, la existencia de conflictos entre clases no excluye la existencia de conflictos también dentro de la clase de los capitalistas, enfrentados más o menos abiertamente en torno a la distribución del beneficio. En lo que a este punto se refiere, no tendría ningún sentido aislar estos dos mecanismos entre sí: el que fija las tasas de beneficio individuales y el que los materializa igualándolos. Estas diferentes relaciones actúan de forma simultánea e interconectada. Los valores que las expresan son permanentemente variables. No podemos pues esperar que una situación de equilibrio llegue nunca a estabilizarlas y permitir su cálculo, pues no existe siquiera un espacio económico identificable y fijo donde dicho equilibrio pudiera producirse. El ámbito político mejor delimitado, el más amplio, la nación, se encuentra en constante transformación dentro de la red de intercambios mundiales.

Sabemos cuál es el destino que Marx preveía para el capitalismo. Los intercambios por medio de los cuáles se permutan (siempre que se renueve el capital social) los productos del trabajo social, se vuelven erráticos conforme dicha renovación del capital se ralentiza en el capitalismo maduro. Dado que la cantidad de inversión a reproducir se incrementa, las regulaciones económicas - gracias a las cuales las capacidades de trabajo se distribuyen entre los diferentes empleos, comparándose a través de ellos- dejan progresivamente de funcionar. Se vuelve entonces urgente la necesidad de no hacer depender las decisiones y proyectos colectivos del juego de los indicadores y de las libres evaluaciones de la economía capitalista.

Marx, como es sabido, evitó describir las formas que podría adoptar esta regulación social inédita. Podemos suponer que se trataría de un sistema en el que el uso y el intercambio se repartirían de manera diferente a como lo hacen hoy, no validándose conjuntamente tal y como ocurre necesariamente en una economía basada en el valor. Más concretamente, las decisiones referidas al aparato productivo estarían desvinculadas de las decisiones encargadas de fijar los usos del consumo, quedando articuladas a éstas últimas de forma únicamente experimental. En cuanto a las mutaciones políticas que deberían acompañar a la progresiva instauración de este nuevo ordenamiento de los intercambios, podemos suponer que serán de distinto tipo en función de las circunstancias y los periodos. No obstante, en ningún caso dichas transformaciones podrían, según Marx, contenerse en un Estado particular, ni llevarán a reforzar el poder de una institución como ésta que se encuentra, desde su punto de vista, vinculada indefectiblemente a las desigualdades y violencias del reino del valor.

LA EXPLOTACIÓN DEL TRABAJO EN EL SOCIALISMO DE ESTADO

En su forma canónica establecida por Stalin, el funcionamiento real del socialismo de Estado queda en evidencia cuando se constata que, bajo dicho régimen, el beneficio es aún extraído mediante la relación salarial y validado en los intercambios.

La arquitectura fundamental del socialismo de Estado es, sin duda, rara vez visible. El intercambio se encuentra tan difractado, encuadrado y sobrecargado por tantas normas administrativas que no son pocos los analistas dispuestos a declararlo abolido. En la Unión Soviética no habrían existido, desde su punto de vista, sino redistribuciones. Esta tesis es, sin embargo, difícil de sostener: el consumo no puede ser considerado un reparto salvo que todos los bienes, no sólo algunos, se hayan vuelto gratuitos, incluido también el uso de la fuerza de trabajo. Sin embargo, es imposible negar la presencia de una relación de trabajo mercantil en la Unión Soviética. Incluso las rápidas variaciones en los precios y los movimientos de la mano de obra, que en el capitalismo se supone que son consecuencias necesarias de la existencia de un mercado de trabajo, están presentes en el socialismo de Estado. En este sistema, las dificultades de contratación que registra una empresa o una región se traducen también en incrementos salariales que contribuirán a desequilibrar el plan, superando la cantidad de renta distribuida a la cantidad correspondiente de bienes.

La formación del beneficio, por su parte, resulta igualmente difícil de describir estando como están los precios de los productos y los salarios manipulados. Los bienes de producción han sido así a menudo infravalorados regularmente con el objetivo de facilitar la modernización de los sectores productores de bienes de consumo que usan tales bienes de producción. Es en este tipo de sectores donde aparecen entonces los beneficios y es allí donde los impuestos estatales se esfuerzan por confiscarlos. Toda esta dinámica, harto compleja, revela la principal razón de ser de la planificación. Dicha institución se encuentra definida por su capacidad para impulsar una industrialización acelerada, transformando en inversión una parte de la producción nacional definida de antemano.

Dicho excedente colectivo se obtiene decidiendo el excedente que cada empresa deberá obtener por la venta de sus productos, confiscando posteriormente la mayor parte del mismo mediante impuestos y manipulaciones de precios. No obstante, operando de este modo, la planificación registra las consecuencias de múltiples determinaciones que la desbordan. El tipo de producción, más o menos mecanizada; la cualificación de los trabajadores utilizados; la situación de la empresa respecto a los proyectos y ambiciones del ministerio de referencia; el

juego de los precios, de los préstamos, de los créditos y de las tasas; todo ello incide en la distribución que efectúa la empresa entre salarios, inversiones y beneficios, distribución que es finalmente ratificada por el planificador.

La colectividad, o más bien el Estado que la reagrupa, decidiendo regular por sí misma los circuitos del capital y de la renta nacional, se compromete, en definitiva, a remplazar las coherencias del sistema liberal, donde los distintos capitales tienden a comportarse como fragmentos de un mismo capital y los salarios a igualarse. En el socialismo de Estado, esta socialización toma la forma de una coordinación forzada entre múltiples decisiones relativamente independientes entre sí. La desigualdad de los salarios entre unas y otras empresas y la consiguiente desigualdad de los beneficios, traduce una lucha por la constitución y la distribución del excedente colectivo. Los diferentes grupos de trabajadores se embarcan, unos contra otros, en conflictos inevitables, en tanto en cuanto conciernen a cómo se distribuye la tarea de producir el capital entre los diferentes establecimientos, regiones y corporaciones.

¿ES POSIBLE EXPLOTARSE A SÍ MISMO?

Este tipo de sistema es calificado por Naville como un régimen de explotación mutua. La expresión sorprendió, e incluso escandalizó, en su momento. ¿Puede acaso un colectivo explotarse a sí mismo? Sin duda, siempre y cuando aceptemos considerar la explotación como el desarrollo de dos conjuntos de actos interperándose mutuamente, más que como dos grupos a los que podríamos, de hecho, identificar cultural, psicológica e históricamente. Dicho de otro modo: una relación social como ésta no es un acontecimiento derivado del encuentro de dos individuos o de dos grupos, sino que es la propia relación la que definirá sus polos constitutivos. Por otro lado, si lo pensamos detenidamente, nada resulta más habitual que la explotación de uno mismo. El caso del agricultor obligado a sustentar la empresa de la que es al mismo tiempo asalariado, o el caso de las cooperativas de producción responden a este modelo.

El término de explotación mutua traduce pues fielmente los resultados finales del análisis. El colectivo de asalariados, por mediación del Estado, se impone una tasa global de acumulación. El capital sigue constituyéndose por medio del intercambio salarial y de productos, pero la intervención del Estado modifica los mecanismos múltiples que, en el capitalismo, inciden en el establecimiento e igualación de la tasa de beneficio. El capital del sistema planificado se conforma pues bajo el apremio de lo colectivo, a través de los esfuerzos que realiza cada grupo por extraer de los intercambios el máximo de salario y de beneficio

posibles para sí mismo, obligando de este modo al resto a contribuir con mayor intensidad que él a la inversión colectiva.

Bajo estas premisas, la burocracia, la institución más visible del sistema, deja de ser un misterio o un destino inevitable. No estamos así obligados a ver en ella una clase sin genealogía que distorsionaría el debate social; ni un poder sin límite absorbiendo de forma absurda a todo el colectivo; ni tampoco una autoridad de reemplazo, una especie de prótesis que sustituiría a los agentes naturales una vez que el curso natural de las cosas ha quedado perturbado. La burocracia tiene lugar en el sistema del socialismo de Estado. Es el órgano que impone a todos los conflictos derivados de tener que alcanzar un resultado prefijado de antemano, pero también es el órgano que arbitra dichos conflictos y, en consecuencia, los zanja, aunque no sin antes haber cobrado su "diezmo".

Esta teoría resulta, en principio, más ajustada que otras muchas a cuanto sabemos del régimen del trabajo en los países comunistas, un régimen compuesto por una mezcla de normas, de directivas, de negociaciones y de transgresiones, cuya coherencia es garantizada, en última instancia, por la violencia del Estado. La burocracia tiene en este sistema una función tan característica que ella misma se encuentra, por su parte, encuadrada y sancionada. ¡Cuántos burócratas han sido sacrificados al poder burocrático a lo largo de la historia soviética! Detrás de la fachada de una economía supuestamente dirigida, descubrimos autonomías permanentemente contenidas y, no obstante, una y otra vez renacidas. La teoría del totalitarismo, reverso de la teoría estalinista de la armonía económica, no tiene más sentido, ni contenido, que ésta última.

CRISIS DEL VALOR

Del análisis de los socialismos de Estado como regímenes basados en la explotación de mutua se deducen dos hipótesis sugerentes que chocan, a menudo, con las opiniones comunes.

El socialismo de Estado es aún una economía de mercado, aun cuando ésta se encuentre canalizada por medio de instituciones preservadas de los movimientos de la producción y encerrada en fronteras políticas inmutables. Por medio de una aparente paradoja que, en realidad, no lo es, dicho sistema conserva, mejor que el capitalismo occidental, ciertas formas antiguas de la economía de mercado que se han convertido en instrumentos de la planificación. Así ocurre, por ejemplo, con los estándares de producción, que permiten el control de las empresas y la previsión de sus resultados, estándares que son establecidos

conectando cantidades observadas de productos con cantidades específicas de trabajo y de inversiones. Constatación e impulso, al mismo tiempo, de una presión del Estado, estas normas reposan sobre un recuento de las unidades (vinculadas a formas superadas de industria) y sobre la presuposición de la existencia de una relación inmediata entre ellas. Pero ¿qué ocurre con un método semejante cuando el trabajo no puede ser ya aprehendido como un conjunto de saberes, de capacidades o de gestos identificables; cuando dicho trabajo ya no produce, sino que se gasta en el mantenimiento de una red productiva en la que la relación entre recursos introducidos y resultados finales no tiene ya ningún sentido?

Mientras que el capitalismo, no sin dificultades, reforma perpetuamente los modos de trabajo, las empresas, las relaciones que éstas mantienen entre sí, las reglas y las fronteras, el Estado socialista rige su producción apoyándose en la estabilidad de sus instituciones. Sin embargo, la crisis que acecha a ambos sistemas es idéntica.

Sin duda, las contradicciones que han conducido a la Unión Soviética a su derrumbe se volvieron amenazantes cuando se agotó la estrategia anteriormente existente: la industrialización forzada llevada a cabo por medio del desplazamiento de masas de agricultores hacia la industria. Un nuevo modelo se imponía, un modelo cuyos mecanismos no buscaban ya crear una sociedad industrial, sino únicamente reproducir la ya existente. Dicho modelo, ansiado durante mucho tiempo, ha terminado, no obstante, por refutar los métodos y eclosionar los marcos de la economía estatalizada. La crisis de Rusia converge hoy claramente con la crisis mundial de las economías basadas en el valor. Por todas partes, la autoridad de los diferentes Estados trata de paliar, sin conseguirlo, las deficiencias de las antiguas socializaciones y ajustes.

LA LUCHA DE TODOS CONTRA TODOS

Si el socialismo es ese movimiento que, de una forma u otra, tiende a reemplazar las relaciones económicas por decisiones colectivas, entonces no se ha perdido gran cosa con la caída de los Estados comunistas. Mientras que los mecanismos e instituciones de la economía mercantil tendían a disolverse en Occidente, en el régimen soviético, tal y como hemos señalado, se encontraban dominados, al mismo tiempo que salvaguardados, por la violencia estatal. Son muchos quienes ya entonces sabían que el futuro del socialismo había que buscarlo, más que en las cristalizaciones estatales de las democracias populares, en el sistema de

intercambios internacionales, donde se inventaban, de forma conflictiva y dolorosa, nuevas formas sociales.

Los sistemas comunistas, sin embargo, no son sino un estado extremo de una organización económica presente en todas las naciones contemporáneas. En muchos lugares, los Estados han tratado, en efecto, de regularizar y canalizar, con más o menos convicción, los circuitos de formación y uso del capital. En muchos lugares se han esforzado en constituir organismos productivos en los que interactúan servicios colectivos, redes de transporte y comunicación, centros de investigación, empresas; diseminando así por todas partes solidaridades y desacuerdos resultantes de la explotación mutua. De este modo, los asalariados, organizados por la seguridad social en diferentes mutualidades, experimentan comunidades y divergencias de intereses inéditas. Cada una de estas instituciones trata, a su manera, de influir sobre el reparto del salario social y del capital social. Así operan igualmente otros grupos, que se enfrentan entre sí por medio de la política estatal, o mediante los proyectos de los órganos locales. Las distintas ramas de la industria se enfrentan unas a otras, reclamando subvenciones, exenciones, protecciones; las corporaciones y regiones reclaman autopistas o universidades... La participación de los trabajadores en sus empresas se incrementa conforme dichas empresas se enzarzan, unas contra otras, en la disputa por una parte del beneficio socialmente producido. ¿Acaso no vivimos ya todos nosotros en naciones en las que la lucha de todos contra todos, una lucha arbitrada desde fuera por un Estado más o menos distante, se superpone a la lucha de clases? ¿No es a esta realidad a la que denominamos, paradójicamente, consenso?

El modelo de la explotación mutua nos permite pues comprender mejor numerosos fenómenos de nuestras propias sociedades y, sobre todo, discernir más claramente el desafío del movimiento que los genera. En Occidente no se han constituido Estados cerrados que hayan impuesto únicamente la explotación mutua y suprimido la antigua explotación de clase. De este modo, la crisis del valor no ha recibido sino una solución parcial, impuesta por la fuerza: la crisis ha permanecido así abierta, extendiéndose a todo el planeta.

La historia continúa y podemos ver ya cómo brotan nuevos modos de organización económica. Muchas decisiones actuales, al menos las más relevantes, no se encuentran ya prefiguradas por algún tipo de configuración de mercado. Desarrollar una red telefónica, adoptar un standard de televisión, modernizar una línea de ferrocarril, construir una central eléctrica, decidir acerca del estatuto de una compañía aérea o de un canal navegable: todas estas

medidas movilizan a colectivos heterogéneos, asociando recursos y capitales de origen diversos. La decisión final no es una combinación de intereses inmediatamente conmensurables que exigen ser satisfechos en un mismo marco temporal de referencia. Se trata, más bien, de la creación de una nueva estructura de intereses. En este conglomerado, el empleo constituye para unos grupos un recurso, para otros un coste. Algunos se refieren a la temporalidad de un ciclo mercantil, otros a una vida de trabajo, o a una legislatura, o incluso a los tiempos propios de la inversión y de su amortización. Parece evidente que los precios que recibirían, dentro de un posible mercado, los múltiples elementos en liza no son directamente combinables; del mismo modo que resulta también evidente que las regulaciones locales no están coordinadas por una regulación de orden superior.

Quizá no se trate ya de dominar los mecanismos de la economía de mercado, sino de observar en ella, a través del caos universal, su progresiva disolución.

BIBLIOGRAFÍA

- NAVILLE, Pierre (1957): *Le Nouveau Léviathan, tome I. De l'aliénation à la jouissance. Genèse de la sociologie du travail chez Marx et Engels*. París: Marcel Rivière (reeditado en 1967 en Anthropos).
- NAVILLE, P. (1970a): *Le Nouveau Léviathan, tome II. Le salaire socialiste I. Les rapports de production*. París: Anthropos.
- NAVILLE, P. (1970b): *Le Nouveau Léviathan, tome III. Le salaire socialiste II. Sur la histoire moderne des théories de la valeur et de la plus-value*. París: Anthropos
- NAVILLE, P. (1972): *Le Nouveau Léviathan, tome V. La bureaucratie et la révolution*. París: Anthropos.
- NAVILLE, P. (1974): *Le Nouveau Léviathan, tome IV. Les échanges socialistes*. París: Anthropos.
- NAVILLE, P. (1977): *Le Nouveau Léviathan, tome VI. La guerre de tous contre tous*. París: Éditions Galilée.
- NAVILLE, P. (1981): *Sociologie d'aujourd'hui: nouveaux temps, nouveaux problèmes*. París: PUF.
- NAVILLE, P. (1982): *Sociologie et logique. Esquisse d'une théorie des relations*. París: PUF.

NAVILLE, P. (1987): *Mémoires imparfaites. Le temps des guerres*. París: La Découverte.

RIZZI, Bruno (1939): *L'URSS: collectivisme bureaucratique. La bureaucratisation du monde*. París: Champ Libre [Hay versión en español: *La burocratización del mundo*. Barcelona: Edicions 62, 1980].

TROTSKY, Leon (1972): *Défense du marxisme*. París: EDI [Hay versión en español: *En defensa del marxismo*. Barcelona: Fontamara, 1977].

Pierre Rolle es director de investigación en el Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) y profesor de las Universidades de París VII y París X-Nanterre. Entre sus obras destacan, entre otras, *Introducción a la sociología del trabajo* (1971), *Trabajo y salariado* (1988), *De la revolución del trabajo al trabajo revolucionado* (1998).